



## REFLEXIÓN EN TORNO AL LIBRO: *LOS DÍAS CON MI PADRE* DE GILBERTO CONCEPCIÓN SUÁREZ

Juan M. Mercado Nieves  
Programa de Estudios Iberoamericanos  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Sometido: agosto, 2011  
Aceptado: agosto, 2011

Es un privilegio de compartir con ustedes mis impresiones sobre el libro *Los días con mi Padre*, escrito por Gilberto Concepción Suárez y publicado en el año 2010.<sup>1</sup> Este trabajo constituye un fino homenaje de, como dijera Rubén Berríos Martínez, “un hijo devoto y agradecido”.<sup>2</sup> La obra es un recorrido por las experiencias del autor con su padre, el patriota puertorriqueño Gilberto Concepción de Gracia. Al compartir esas experiencias, hace partícipe al lector del plano más íntimo de la vida de uno de los gigantes sobre los cuales se ha edificado el devenir del pueblo puertorriqueño. Concepción Suárez nos permite aprender que este ser humano fue mucho más que el fundador del PIP, algo que no es poca cosa.

Tristemente, la figura de Concepción de Gracia ha sido mantenida en el olvido por la historiografía oficial. Ese olvido o amnesia colonial es el reflejo de la fragilidad de un régimen que ha subsistido de la ignorancia colectiva y del soborno. El trabajo del autor hace patente que cualquier estratagema para hacer olvidar la vida de Concepción de Gracia esta condenada al

---

<sup>1</sup> Gilberto Concepción Suárez, *Los días con mi padre*. San Juan, Ediciones La Patria, 2010. Dedico esta reflexión a mi padre, Manuel A. Mercado, de quien aprendí a no quedarme callado ante la injusticia, y a mi madre Puruca Nieves, de cuya infinita bondad y generosidad he recibido una buena dosis de sensibilidad.

<sup>2</sup> Rubén Berríos Martínez, Discurso en los Actos conmemorativos del Centenario de Gilberto Concepción de Gracia, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 9 de julio de 2009.



fracaso. Hay que subrayar que su pensamiento y su legado siguen vivos en el imaginario puertorriqueño.

En el caso de Concepción de Gracia cobra fuerza el planteamiento de que uno nunca muere mientras alguien te recuerde. En este libro, su hijo narra una historia con el claro propósito de mantener en la memoria colectiva la dimensión familiar de uno de los grandes de esta patria. Al relatar sus experiencias, el autor perpetúa en la memoria y humaniza la figura de su insigne progenitor. Así, la memoria como antítesis del olvido se manifiesta como la acción concertada de romper la censura oficial que ha pretendido privar a los puertorriqueños del “ser” y el “hacer” de uno de sus hombres egregios. A través del escrito, el padre trasciende la construcción del monumento a la memoria o al simple dato enciclopédico o biográfico, para convertirse en un venerado padre y ser humano cuyo ejemplo sigue teniendo vigencia para nuestras vidas.

*Los días con mi padre*, constituye un anecdotario que demuestra la sensibilidad, el compromiso, el sacrificio, la complicidad y el profundo amor que se manifiestan mutuamente padre e hijo. Nos dice Concepción Suárez:

“En verdad, si he sido para mis hijos apenas la mitad de lo que fue él para mí, me moriría contento en cualquier instante de lo que me quede por vivir de lo que se perfila ya como una larga vida. Después de todo, ya he vivido siete años más que mi padre.”<sup>3</sup>

A través del libro, el autor vivifica la figura de su padre, lo saca del olvido y, generosamente, lo devuelve a su pueblo. Pero, ¿cómo era ese gigante que la poeta Julia de Burgos llamó Gilberto Concepción de Gracia y de Batalla? De acuerdo con el autor, era un

---

<sup>3</sup> Concepción Suárez, *Los días con mi padre*, p. 17.



aficionado a la música, un padre comprensivo, un fervoroso amante del arte y un hombre con un maravilloso sentido del respeto, del deber, de la razón y del humor. Repasemos algunas anécdotas recogidas en el libro que demuestran las cualidades de este patriota. Llama la atención una sencilla, ya que la misma deja ver un estilo de forjar un hijo con libertad y sentido de responsabilidad. Concepción Suárez apunta:

“Por años he hecho cuentos de cómo aprendí a manejar automóviles y a hacerlo desde antes de haber cumplido los doce años. No lo sabía al momento de narrar las historias, pero aparentemente no me creían. Camino a la celebración del centenario de mi padre, mi esposa Lilliam Camacho se topó con una carta en la que mi papá me aconsejaba ser cuidadoso al guiar automóviles. Por la fecha de la carta se hizo evidente que tenía once años. Ella me creyó y me confesó que antes pensaba que era muy exagerado. O un embustero, digo yo.”<sup>4</sup>

Sobre el sentido del humor de su padre, el autor nos cuenta que en 1956, cuando tenía unos trece años, manejaba en automóvil por el área de Piñones junto a Don Gilberto y un abogado estadounidense y su hijo que los acompañaban en un paseo por la zona. El abogado preguntó la edad para conducir en Puerto Rico y su padre le manifestó que dieciséis años:

Se produjo un silencio absoluto, roto por la voz en tono grave del abogado amigo que sentenció con frase intraducible “Gilberto, you are a lawmaker and a lawbreaker.” Mi papá era el portavoz en el Senado de Puerto Rico del Partido Independentista Puertorriqueño y uno de los legisladores que presentaba más legislación.

Todos nos dimos cuenta del desastre. El prócer actuaba incorrectamente permitiendo que su hijo violara la ley. ... Rápidamente, el americano quiso corregir su agresión cambiando el tema.

-¿Cuántas palmas hay aquí?- preguntó.

-Ciento noventa y cuatro mil quinientas ochenta y dos –dijo con gran firmeza el golpeado senador.

---

<sup>4</sup> Concepción Suárez, *Los días con mi padre*, pp. 34-35.



-Dios mío ¿cómo lo sabes con tanta precisión?  
-Vine anoche a contarlas una a una porque sospechaba que algún americano tonto me lo iba a preguntar.  
Y nadie más mencionó si yo tenía licencia de conducir o mi papá era mi licencia.<sup>5</sup>

Sobre la complicidad, Concepción Suárez nos cuenta que una noche, saliendo de una reunión, -ya tenía dieciséis años y formaba parte de la Junta de Directores de la Juventud del PIP- un compañero mayor que él lo invitó a tomar unos tragos. El autor aclara que "...hacía varios años que guiaba automóviles, trabajaba a tiempo parcial, hacía deportes, me iniciaba en la crítica y, por supuesto, me creía todo un hombre". Y continúa:

Ninguna maldad. Tomamos unos tragos, conversamos de política y de otros asuntos, tomamos más tragos y, en algún momento, me quedé dormido. Cuando desperté, ya era avanzada la mañana siguiente. En medio de los escalofríos de la borrachera y el miedo llamé a mi casa y hablé con mi abuela Amparo, que, llorosa, me dijo que había llamado a policías y hospitales y, por supuesto, a mi padre, que andaba en desesperación.

Cuando al fin llegué a mi casa en Puerto Nuevo, divisé a mi papá en el balcón y acaricié la idea de irme al exilio en Alaska, Brasil, pero, al final, entré a la casa.

¿Dónde estabas? – me preguntó

Le expliqué.

¿Por qué no pediste permiso? ¿Por qué no llamaste?

Mira hijo, yo no soy importante. Aquí quien tiene verdadera importancia es doña Amparo, tu abuela, que te adora, que ve luces por ti, que eres su razón de ser y que siente la responsabilidad conmigo y con tu mamá de tu seguridad, tu salud y tu vida. Tu abuela, que perdió un hijo en una actividad política, que tenía la edad que tienes tú ahora. A ella pídele perdón y comprométete a cumplir con lo poco que te pide. Después, descansa y llámame cuando estés listo para hablar. Recuerda que te

---

<sup>5</sup> Concepción Suárez, *Los días con mi padre*, pp. 36-37.



queremos mucho y sabes que estamos felices porque tú has regresado bien.<sup>6</sup>

En otra anécdota pone de manifiesto la inteligencia y sensibilidad:

Para mi padre, el dinero tenía únicamente el valor adquisitivo de algunas cosas importantes. En una ocasión, siendo yo estudiante, fui a su oficina en la calle Arzuaga, frente a la plaza de Río Piedras, cerca del mediodía. Me invitó a almorzar en una fonda que era un modesto restaurante en el edificio que ubicaba al lado de aquel en que se encontraba su oficina. Se excusó conmigo por no llevarme a un mejor lugar y me dijo que íbamos allí porque le fiaban y no tenía dinero.

Cuando iniciábamos la salida, Gerardina Angleró, su secretaria de siempre, le informó que acababa de venir un antiguo cliente y le había dejado un billete de cincuenta dólares por unos viejos servicios no pagados. Se alegró mucho porque podía pagar el almuerzo e invitó a Gerardina, que declinó.

Ya fuera del edificio se acercó un muchacho con cara de bribón y nos hizo un cuento de que se le había muerto la mamá en Nueva York y tenía que ir a buscarla o enterrarla pero no tenía dinero. Mi papá sacó el billete de cincuenta dólares y se lo entregó al joven mientras le decía que eso no resolvía el problema pero ayudaba mucho.

Indignado, le pregunté si le había creído al muchacho, y me dijo que tenía serias dudas. Le pregunté por qué le había entregado el único dinero que poseía, si dudaba de la veracidad de la historia, y me dijo “porque, si es mentira lo que me dijo, me cogió de tonto y yo nunca lo sabré, pero, si me dijo la verdad, no podría dormir tranquilo pensando en la angustia de ese muchacho; después de todo, hace quince minutos, yo no contaba con ese dinero.”<sup>7</sup>

El escrito de Concepción Suárez sobre su padre es un testimonio de vida. Es un testimonio que nos plantea la vida que tuvo Concepción de Gracia y la vida que ha tenido el hijo. Como he dicho antes, el autor humaniza al prócer y rescata su vigencia. Nos dice lo que

---

<sup>6</sup> Concepción Suárez, *Los días con mi padre*, pp. 37-38.

<sup>7</sup> Concepción Suárez, *Los días con mi padre*, pp. 38-39.



significaba ser el hijo del fundador del PIP y de un gran abogado, siempre generoso y respetuoso con el prójimo y sus contrarios. Nos recuerda lo que significa ser el descendiente de un gran patriota. Pero al mismo tiempo, y esto nos parece un acierto, en el libro vemos a un hombre que disfruta de la familia y de los simples placeres de la vida, como cualquiera otra persona. Ese padre bueno, comprensivo y solidario, de valores profundos e infinitos, no limita sus cualidades al plano familiar. La vida de Gilberto Concepción de Gracia sin duda todavía retumba, como sus palabras, en todos los confines de este pueblo. Hay que felicitar a este “hijo devoto y agradecido” por contribuir con su escrito a subvertir la amnesia colonial, por compartir con nosotros los días con su padre y por trabajar por mantener vigente la obra de este gigante político puertorriqueño.

Ahora, transcurrida la primera década del siglo XXI, las palabras de Concepción de Gracia parecen tener más vigencia que nunca para los puertorriqueños. Por eso nada más apropiado que terminar escuchando su invitación, sus palabras enarbolando la palabra:

En esta hora de reivindicaciones universales, yo le digo al pueblo de Puerto Rico: Ten fe: Di la palabra.  
Di la palabra que mueve montañas.  
Di la palabra que puede cambiar el curso de los ríos.  
Di la palabra que puede cambiar el curso del viento.  
Di la palabra que es la señal de los tiempos.  
Di la palabra que puede que puede dignificar a los hombres y a los pueblos.  
¡Di la palabra y Puerto Rico será libre por el esfuerzo de sus hijos!  
¡Di la palabra y Puerto Rico será libre en el transcurso de esta generación!  
¡Di la palabra y seremos la generación libertadora!  
¡Di la palabra y la Bandera de la Estrella Solitaria flotará libre y sola sobre los torreones de nuestros castillos, como hoy flota libre y sola en nuestro corazón!  
Di la palabra, juventud puertorriqueña.  
Di la palabra, obrero y campesino.  
Di la palabra creador de ideas y belleza.  
Di la palabra de la hora.



¡Di la palabra!  
La palabra es... ¡LIBERTAD!  
La palabra es... ¡Libertad!  
La palabra es... ¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD!<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Concepción Suárez, *Los días con mi padre*, pp. 103-104.